

LA EVOLUCION ORGANICA MILITAR DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

por Juan José SAÑUDO BAYON
Teniente Coronel de Infantería

EN 1808, el Ejército español, presenta una orgánica anticuada, aunque en la década anterior se había enfrentado a los ejércitos franceses de la República y experimentado a su costa la eficacia de las tácticas sencillas, pero sumamente efectivas, de la *Demi-brigade*, cuya maniobrabilidad derrotó contundentemente a prusianos y austríacos, y neutralizó a los españoles en la campaña de los Pirineos.

Por si quedara alguna duda, a lo largo de dicha década, la orgánica, táctica y estrategia francesas se contrastan repetidas veces en el ámbito europeo, sin que las claves de su eficacia fueran advertidas, estudiadas, ni mucho menos adoptadas por nuestro Ejército. No se puede hablar de lejanía o desconocimiento; en calidad de aliados, integrados en el Ejército francés, la División del Norte, al mando del marqués de la Romana, opera en Dinamarca, y las divisiones españolas de Carrafa y Solano ocupan Portugal; tenemos observadores, pues, en primera fila. Ni son desconocedores de su profesión ni aunque escasos carecen de medios, pero, ¿comprenden en realidad las claves del éxito galo?, ¿las conocen los mismos franceses?

La limitación obligada de este artículo no permite un estudio en profundidad del tema, pero pueden apuntarse sus fundamentos.

Las Grandes Unidades

En el campo de la estrategia, las maniobras de los cuerpos de ejército en el Teatro de Operaciones europeo, carecen de compa-

ración con las posibles en la torturada orografía peninsular, pero en el táctico resultarán decisivas.

El Cuerpo de Ejército francés dispone de: unas tres divisiones de Infantería, articuladas en dos brigadas, con un total que oscila de 10 a 50 batallones. Una o dos brigadas de Caballería, aproximadamente entre 8 a 18 escuadrones. Artillería, muy variable en efectivos, de 2 a 18 compañías. Ingenieros, que totalizan entre pontoneros, minadores y zapadores, unas cuatro compañías, número que suele ser similar a las de tren o equipajes.

El equivalente español, la Gran Unidad Ejército, por inexistencia del Cuerpo de Ejército, además de operar por líneas exteriores al centro de la Península, siempre dominado por los franceses, presenta una orgánica con la totalidad de sus efectivos asignados a las divisiones que lo integran, es decir, empeñados en batalla. Su General en Jefe no tiene ninguna Gran Unidad en reserva y en su movimiento, deberá sujetarse al de su Arma, más lenta, Artillería. Es decir, en la práctica la maniobrabilidad de esa Gran Unidad es casi nula, factor decisivo que llevará de ordinario a verse envuelto, «cortado» por la caballería enemiga, siempre reunida en un ataque decisivo.

En el ámbito de la División, la española carece de articulación en brigadas, en consecuencia no tiene la posibilidad de maniobra frente a la francesa. La Caballería divisionaria, reducida a algunos escuadrones escasos y sin conexión orgánica regimental. Además de mal montados, peor instruidos y, en consecuencia, carentes de moral, resultará casi nula, sin paliativos ante la francesa, unida y superior en todos los conceptos.

La Artillería española, en principio, se significa eficaz, en la primera campaña; más numerosa y de calibres superiores será el Arma base en la maniobra española, siempre limitada en el espacio. Las numerosas derrotas de los ejércitos el primer año de la guerra, con la pérdida inevitable de piezas y sirvientes, empeñados en defenderlas contra toda esperanza, producirá el rápido deterioro de su eficacia hasta hacerla casi inexistente en los años sucesivos.

Pero si las Grandes Unidades españolas, Ejército y División tenían una orgánica inferior a las francesas, es en las pequeñas unidades donde su ineficacia será más patente.

Infantería de línea

El Regimiento francés, por Decreto de 18 de febrero de 1808, tiene cinco batallones, con un total de 3.970 hombres; aunque puede operar por batallones independientes, suele hacerlo con tres o cuatro mientras permanecen uno o dos en depósito como unidad de instrucción. Bajo el mando orgánico y táctico de su Coronel, su eficacia en la maniobra será decisiva.

El Regimiento español, con una plantilla en paz de 70 jefes y 1.008 de tropa, debe pasar a 36 jefes y oficiales, 60 sargentos y 2.160 de tropa en tiempo de guerra; es decir, más de la mitad serán reclutas de inmediata incorporación. La escasez de medios, de material, exenciones en el reclutamiento y la falta de espíritu combativo de la población civil, pasados los primeros meses, harán inalcanzable las cifras citadas (1). Su articulación en tres batallones, queda en la práctica reducida a dos al permanecer uno en depósito para instruir reclutas. A veces por necesidad sale en campaña con los tres, renunciando a la instrucción metódica. La tradicional y anticuada práctica de reunir las dos compañías de granaderos del primer batallón, únicos del regimiento, con los de otros regimientos, para formar columnas de granaderos, encargados de las misiones más importantes, deja normalmente a dichos regimientos reducidos a un batallón y medio para operar, convirtiéndose en uno solo reforzado, de imposible maniobra o bien dos muy reducidos.

Pero es en el marco del batallón, donde podemos apreciar la importancia decisiva de la orgánica en los fracasos reiterados de la táctica española frente a la francesa.

El batallón español de línea no es homogéneo en el regimiento, aunque todos tienen cuatro compañías. El primero posee dos de granaderos a 77 hombres y dos de fusileros «*blanquillos*» por el color de sus uniformes, entre 191 y 125 hombres teóricos, en realidad bastantes menos. El segundo y tercer batallones tendrán cada uno cuatro compañías de fusileros. Recordemos como ejemplo que la compañía del Teniente Ruiz el 2 de mayo de 1808 tiene 35 soldados «*blanquillos*», solamente.

(1) Véase, por ejemplo, las páginas —que se insertan a continuación entre el texto— entresacadas del corto preámbulo del *Diario de Operaciones de la División del Condado de Niebla*, Servicio Histórico Militar.

La táctica del batallón, a través de complejísimas y lentas evoluciones, es monolítica; las compañías de granaderos se integran con las de otros regimientos para constituir batallones o columnas homogéneas de granaderos con táctica idéntica a los fusileros, aunque integrados por supuestos hombres de élite. Los fusileros forman en líneas de tres filas al objeto de efectuar descargas simultáneas de batallón o por compañías si se requiere. Pretenden cerrar distancias con el enemigo y cargarle a la bayoneta en el último momento, nunca lo lograrán como veremos. Ante la caballería enemiga sólo hay una táctica posible en esta época, formar el cuadro, con un mínimo de tres filas y esperar que la propia caballería aleje a la enemiga antes que la artillería hipomóvil de ésta pueda entrar en posición, a corta distancia y batir el cuadro a metralla con los efectos imaginables. Con una caballería propia de las características expuestas, la moral del soldado de infantería, que a priori se sabe o supone «cortado», será muy baja, pero el factor decisivo estriba en el número de *tiradores* o infantería ligera en el batallón. Se dispone de ocho tiradores por compañía de fusileros de línea, es decir, 32 por batallón en el caso más favorable, pero sin unidad de mando en su conjunto y en consecuencia de actuación individual. Su misión fundamental en el combate es adelantarse al batallón, entre cien y doscientos metros, para impedir que sus homólogos enemigos puedan situarse a tiro corto de fusil de la formación, fácil blanco, y que desde posiciones más o menos protegidas, árboles, rocas y pliegues del terreno causen una baja tras otra al batallón, en especial a sus mandos.

El batallón francés opondrá a estos 32 tiradores una compañía de *voltigeurs*, infantes ligeros, es decir, unos 140 tiradores, que además de superarlos numéricamente, son mandados por sus oficiales y suboficiales, inexistentes en la orgánica española. El resultado será obvio. Este batallón francés se completa con una compañía de granaderos y cuatro de fusileros, aproximadamente a 140 soldados cada una, y su táctica habitual consiste en cerrar distancias en columna para adoptar la línea en el último momento, efectuar una o varias descargas de batallón, volver a la formación en columna y cargar a la bayoneta.

Los éxitos continuados de esta táctica de infantería se atribuyen sistemáticamente por los franceses, al ardor de la carga a la bayoneta y ciertamente emplearán el mismo procedimiento hasta Waterloo: «El viejo estilo» acabará siendo trágico para ellos ante un general de cabeza fría y claridad de ideas, Wellington, que sólo

DIARIO
DE LAS OPERACIONES
DE LA DIVISION
DEL CONDADO DE NIEBLA,
QUE MANDÓ

EL MARISCAL DE CAMPO

D. FRANCISCO DE COPONS Y NAVIA,

desde el dia 14 de Abril de 1810, que tomó
el mando, hasta el 24 de Enero de 1811,
que pasó este General al
5.º ejército.

POR EL CAPITAN D. JOSE IBAÑEZ,

*ingeniero voluntario encargado en el diario
de dicha division.*



IMPRESO EN FARO

POR D. JOSE MARIA GUERRERO.

solo debe tener por objeto batir al enemigo segun se presenten las ocasiones; sino tambien mantener con todo empeño el órden social en los pueblos, hacerlos estar subordinados á las autoridades legítimamente constituidas conservarlos, sometidos al Soberano, obligarlos á pagar sus tributos y rentas, á que contribuyan con sus caudales y brazos á la defensa de sus derechos; y por último disipar los horrores de la arbitrariedad, y espíritu de partido.

Este último era el fatal estado en que estaban los pueblos del condado el 14 de Abril: todos habian perdido su energía, y patriotismo. El egoismo de muchos hacendados y sugetos de caracter en todas clases, la timidez é ignorancia de los demas, y la sagacidad de los enemigos ya comprando corazones de aváros, ó ya aterrando con sus crueldades á los infelices, hicieron que muchos pueblos de éstos se sometiesen al yugo del Rey intruso. Otras poblaciones que se hallaban libres, tenian la desgracia de padecer sus principales el mismo egoismo, y sus justicias el espíritu de la arbitrariedad sin reconocer autoridad, y sin seguir otra ley, que la de su capricho. De aquí es, que no obedecían á la Junta de Sevilla que residía en Ayamonte, ni las órdenes del General que antes gobernaba, porque la fuerza que mandaba carecía del debido órden y solidez.

De esto se seguía, que en todos los pueblos estaban abrigados muchos dispersos y desertores, que ni las justicias trataban de hacerlos incorporar a sus regimientos, y mucho menos sus padres y familias que yacían embriagados en su ignorancia, sin prever los males que acarreaban á la patria y á sí mismos. Igual conducta observaban con los alistados y demas contribuciones; de suerte que en

cuatro meses que los franceses tenían ocupada la Andalucía, era muy raro el pueblo que acudía con sus contingentes, y ninguno con los dispersos y alistados.

Los enemigos, que no desperdiciaban instante en sus intrigas, no dexaron de seducir y alucinar á los pueblos para evitar que se organizase un cuerpo capaz de resistirles y de contener los desórdenes. Con el mismo objeto hacían sus excursiones y movimientos auyentando á la corta división que aquí se hallaba compuesta de cuerpos en esqueleto y con la semilla de la dispersion.

El estado siguiente manifiesta la fuerza efectiva de los cuerpos que había el 14 de Abril.

<u>Regimientos.</u>	<u>Fuerza efectiva.</u>
Batallon número 4.º de Sevilla.....	165.
Idem de Balbastro.....	191.
Idem de Carmona.....	87.
Destacamento de Murcia.....	102.
Partida de catalanes.....	84.
<hr/>	
<i>Total de infanteria.....</i>	
<i>629.</i>	

CABALLERIA.

<u>Regimientos.</u>	<u>Fuerza efectiva.</u>
Fuerza reunida.....	113.
Compañía de voluntarios.....	36.
<hr/>	
<i>Total de Caballeria.....</i>	
<i>149.</i>	

Todo el armamento estaba en mal estado, la mayor parte inútil, y algunas plazas faltas de él. La caballería sin carabinas y pistolas, y algunos sin espadas, las monturas malas y otros carecían de ellas.

Este era el triste estado de las tropas y de los

acepta la batalla desde posiciones fuertes, elegidas e incluso preparadas de antemano, que opone la defensa en contrapendiente a la gran batería, que enfrenta, en orden abierto, los rifles estriados de la infantería ligera británica a los fusiles de los *voltigeurs* y que consciente de la inferioridad de su caballería la mantiene en reserva.

Con las premisas expuestas se entenderá mejor la evolución orgánica de la Infantería de línea española.

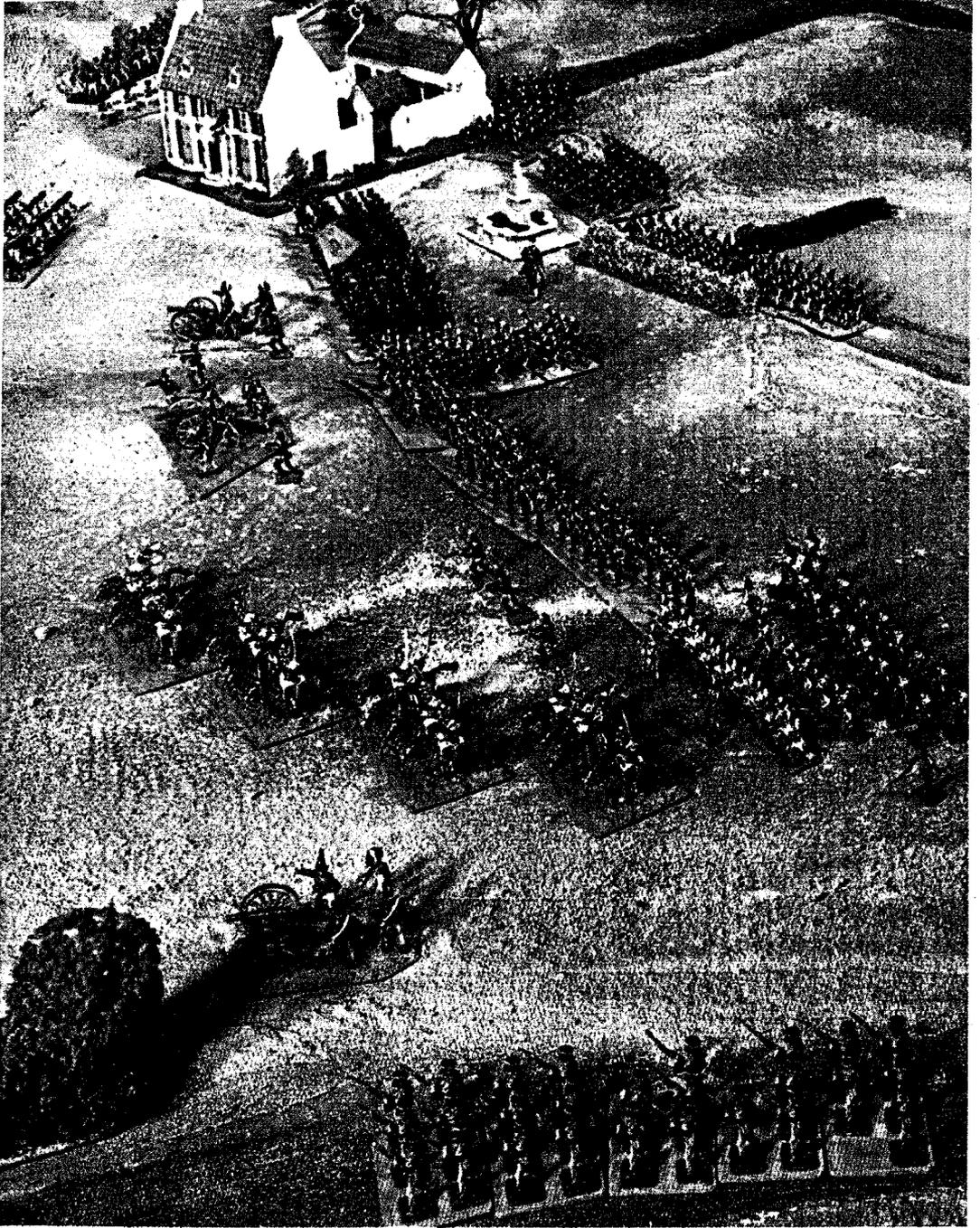
Por nuestra parte, y a lo largo de 1808, se conserva la orgánica citada hasta el mes de agosto en que se ordena, al menos en el Ejército de la Izquierda, la creación en cada batallón de una compañía ligera, mandada por un Teniente y compuesta por 60 u 80 cazadores. La medida evidencia el conocimiento del problema expuesto consecuente a la derrota del Ejército en Medina de Rioseco, el 14 de julio, pero resulta insuficiente. Además, la evolución de los acontecimientos, plagados con derrotas continuas, impedirán la instrucción adecuada de los mandos y de la tropa, mal armada, peor vestida y siempre al borde del hambre.

A primeros de 1809, en enero se establece el Regimiento, con 2.400 hombres, en dos batallones y éstos a ocho compañías: una de granaderos, otra de cazadores y seis de fusileros, con una fuerza teórica de 149 hombres por compañía. Es decir, se imita al batallón francés, pero la calidad de sus componentes, reclutas ya en su práctica totalidad, hará inviable el enfrentamiento en condiciones de igualdad.

En marzo hay una curiosa iniciativa en el Ejército del Centro, que establece el Regimiento a un solo batallón con diez compañías, contando la de granaderos y la de cazadores. Será en realidad el embrión de la orgánica definitiva de 1812, y seguramente motivada por imperativos de necesidad, al agrupar los restos regiméntales reducidos a batallones minúsculos, en uno solo.

En octubre del mismo año la peculiaridad del ejército catalán, que no admite otros oficiales que los nativos y *«siempre que vis-
tan como los naturales del país, incluso con manta al hombro»* (2),

(2) Del informe de los oficiales de la División Reding (Ejército de Granada), en la *«Colección Documental Duque de Bailén»*, Servicio Histórico Militar.



Despliegue de Infantería de línea (simulado y a escala), con su flanco derecho apoyado en un punto fuerte; a vanguardia, tiradores y artillería. De «Napoleonic Wargaming» de Charles Grant.

establece una orgánica independiente y ternaria que potencia al Mando Superior, aunque totalmente desconectada de las posibilidades reales. Se articula en cuatro legiones iguales, cada una compuesta de tres secciones, dos de infantería de línea y una ligera, amén de una compañía de gastadores, otra de artillería y dos escuadrones de caballería ligera. Las secciones de línea se componían de cuatro batallones y la ligera de dos.

De la eficacia de las citadas medidas, basta decir que en tanto que en abril de 1814 por el frente vasco se lucha en Toulouse y Ortez, por el catalán se debate el frente del Ebro y Barcelona, a «prudente» distancia de un enemigo reducido a efectivos mínimos.

El día 4 de enero de 1810, se reincide en la orgánica regimental de la Infantería de línea a tres batallones, para los 113 regimientos existentes, suizos aparte. El batallón se articula con una compañía de granaderos de 114 hombres y cuatro compañías de fusileros a 165, pero sin infantería ligera; carencia inconcebible que hizo breve su vigencia.

El día 1 de julio del mismo año se ordena, para los 121 regimientos de línea existentes, amén de las cuatro divisiones de granaderos provinciales, una orgánica de tres batallones con 2.554 hombres en total. Pero esta vez el batallón encuadra las consabidas compañías de granaderos, cuatro de fusileros y la de cazadores con un total de 781 hombres, orgánica que permanece inalterada hasta el día 8 de mayo de 1812, en que los regimientos quedan reducidos a un solo batallón de 1.200 hombres. Este, articulado en una compañía de granaderos, una de cazadores y seis de fusileros, con una fuerza por compañía de un capitán, cuatro suboficiales y 150 de tropa. Con esta orgánica finalizaría la guerra en la Península a mediados de 1814, ya que la ocupación de Perpignan por el General Castaños en 1815 —Imperio de los cien días— aunque comúnmente olvidada por los historiadores, carece de más importancia que la meramente testimonial, porque no llegaron a combatir. Continuará, sin embargo, en América hasta 1825, a donde acuden desde 1810 los batallones expedicionarios «americanos» con orgánica similar.

A guisa de breve juicio crítico al respecto, apuntaremos que ante la primera experiencia de combate en 1808 se crea en la Infantería de línea una compañía de cazadores, pero de efectivos

reducidos en exceso, tímida medida pero de dirección correcta. A lo largo de 1809, aunque los intentos son diversos, llega a conseguirse, al menos en el Ejército del Centro, una orgánica próxima a la definitiva, pero en 1810 se vuelve a la ortodoxia inicial, no alcanzándose hasta mayo de 1812 el modelo definitivo que en suma es la copia exacta del batallón británico de 1808, que ellos conservarán a lo largo de toda la guerra que denominan «peninsular». En pocas palabras, necesitamos cuatro años de experiencia en el combate para copiar lo que teníamos al alcance de la vista desde el primer día.

Infantería ligera

La campaña de los Pirineos contra la Revolución francesa, quince años antes, además de actualizar el antiguo epíteto de «*gavachos*» a los franceses, por el elevado número de ríos con el nombre de «*gava*» en la zona fronteriza oriental, evidenció la necesidad de infantería ligera en nuestro Ejército y en consecuencia se potenciaron los batallones correspondientes nutriendo sus filas de soldados idóneos para la misión, en su mayoría «*catalanes*», denominación que en la época resulta sinónima a infantería ligera.

En 1808, al comienzo de las hostilidades, existen doce batallones articulados en seis compañías, con una plantilla de 36 sargentos, 1.146 soldados, un tambor mayor y dieciocho sencillos. La escasez proporcional del número de batallones ligeros lleva a su empleo por medios batallones, que se puede considerar normal en las primeras campañas. Su empleo táctico adolece de los mismos defectos de sus homogéneos franceses que actúan como unidades de línea, integradas en grandes unidades. Los españoles, normalmente, forman parte de la llamada Vanguardia de los Ejércitos y llevan el peso de la seguridad por la escasez o ausencia de caballería propia.

La necesidad de este tipo de unidades y la idoneidad del español medio, de estatura baja, ágil y apto para la carrera y el combate individual, llevan a un paulatino incremento de su número y en enero de 1810 constan treinta y dos batallones con la misma orgánica de seis compañías y un número de hombres similar, 1.242, en teoría, que en realidad no pasará de la mitad. La quinta y sexta compañías se consideran de reserva o depósito y constituyen el

núcleo de instrucción del batallón, consideración más teórica que cierta porque la necesidad de efectivos en combate y las dificultades de reclutamiento a lo largo de la guerra obligan normalmente a su empleo en campaña.

La orgánica del batallón ligero prevalece hasta la reorganización de ocho de mayo de 1812, que suprime todos los batallones ligeros adoptando la misma integración de la infantería de línea ya expuesta.

En resumen, las mismas consideraciones de la evolución en la orgánica de las unidades de línea son válidas en las ligeras.

Infantería de la Milicia Provincial

En el comienzo de la guerra de la Independencia la Milicia Provincial (término usual, por cierto, a partir de 1810 y no acuñado con posterioridad como suele creerse) en número de cuarenta y tres batallones, lleva cinco años movilizadas como primera reserva, en razón a la guerra contra Gran Bretaña. En consecuencia sus unidades pueden considerarse a un nivel de eficacia similar a las de línea.

Su orgánica se compone de regimientos de un solo batallón a cinco compañías, una de granaderos y cuatro de fusileros, con un total teórico, de 700 hombres aquél y 163 éstas. Las compañías de granaderos operaban separadas de sus batallones, integradas en las cuatro divisiones de granaderos de Milicias, que a dos batallones cada una existían en las denominaciones de: 1.^a División «Andalucía» y 4.^a División «Galicia». Hasta el 4 de enero de 1810 no experimenta variaciones, aparte de las naturales vicisitudes de la guerra. Entonces se establecen los regimientos a dos batallones, uno de ellos con la consideración de reserva; el primero tenía una compañía de granaderos y cuatro de fusiles y el segundo, una de cazadores y cuatro de fusiles iguales a las de línea.

El día primero de julio del mismo año, y por Real Orden, se declaran de línea a todos los regimientos provinciales denominándose «segundos» en caso de coincidencia en nombre con los de

línea. Con esta disposición se abunda en la confusión al existir ya «segundos» y «terceros» regimientos de línea con el mismo nombre; de hecho se constata coincidencia simultánea de unidades diferentes con la misma denominación. Los sucesivos «bautizos», supresiones y divisiones de unidades, transferencia de tropa de unas a otras, etc., hacen muy dificultoso su seguimiento, sin que hasta la fecha se haya podido concretar el historial de las unidades en esta época.

Por último cabe citar que en las divisiones de granaderos, en la misma fecha, primero de julio, se adopta la articulación del batallón de línea con una compañía de cazadores y cinco compañías de granaderos, con un total de 781 hombres.

Infantería de Milicias Urbanas

Considerada como segunda reserva en el Ejército de Carlos IV, con unos efectivos de ciento catorce compañías, fue inoperante en el campo táctico e incluso se puede afirmar que en calidad de fuerza de orden público, objeto de su existencia, no llegó en general a cumplir su misión. Los motines populares, especialmente al principio de la guerra, adquirieron trágicas consecuencias en toda España, sin que las Milicias Urbanas, Guardias Cívicas, etc., fueran capaces de evitarlo.

Caballería

Por mucho hincapié que se ponga en ello, nunca se resaltarán suficientemente la importancia que tuvo la escasez de caballos útiles en España. Citemos a título de ejemplo al Ejército de la Izquierda, que defiende Galicia, buena parte de Asturias y Zamora; así como el Bierzo y no consigue alinear a lo largo de la guerra más que un escuadrón.

Al principio de las hostilidades rige la orgánica de 30 de enero de 1803 que articula el regimiento en cinco escuadrones a dos compañías cada uno, éstas a tres jefes y 59 de tropa, aquél a 540 hombres y caballos. La Caballería española, en su conjunto, se compone, en el mes de mayo de 1808, de 5.500 caballos, de baja

calidad en general, que deben equipar a doce regimientos de línea, ocho de dragones, dos de cazadores y dos de húsares.

Citemos brevemente que en el campo táctico, los primeros forman la línea de combate que pretende neutralizar las acciones de la caballería enemiga y actuar sobre los flancos de su despliegue; para ello combate en dos filas cerradas, avanzando al trote hacia el enemigo, para cargarlo en los últimos cien metros al galope, rodilla con rodilla del jinete inmediato, con el brazo exten-



Combate de Minerva contra Marte. Cuadro de David. Museo del Louvre.

dido al frente en la primera fila y la punta del sable a la altura de la vista, en tanto que la segunda fila lo hace con el sable dirigido hacia atrás y la mano a la altura de la vista para descargar el golpe sobre aquellos jinetes o infantes que deje atrás la primera fila. Los dragones, primitivos infantes montados, en esta época son casi idénticos a la caballería de línea, aunque sus monturas

suelen ser peores si cabe. Cazadores y húsares constituyen medios de seguridad e información con caballos supuestamente más rápidos. Pero todo ello permanece en el terreno de la hipótesis; en realidad los efectivos de los regimientos no les permiten poner en campaña arriba de uno de dos escuadrones, mal montados y peor instruidos. En muchas ocasiones será necesario reunir varios regimientos para alinear un solo escuadrón.

El día primero de octubre de 1808 se dispone que el regimiento se articule en cuatro escuadrones a tres compañías cada uno, éstas a 53 hombres y caballos; aquél a 600. Esta orgánica prevalecerá hasta julio del año siguiente en que el número de escuadrones se reduce teóricamente a tres.

Con más deseos que posibilidades y al calor de los primeros momentos, en 1808 se crean los siguientes regimientos: tres de línea, cuatro de dragones, cinco de cazadores y cuatro de húsares. Se observa fácilmente la existencia de caballos ligeros de poca talla y la falta de los apropiados para la línea. Durante 1809 se eleva a veintiuno el número de regimientos de línea, con tres nuevos; se reduce a seis el de dragones, con uno nuevo; se incrementa a catorce el de cazadores, con cinco nuevos; y a dieciséis el de húsares, casi todos irregulares, con tres nuevos. El treinta de enero del mismo año se crean tres nuevos regimientos de lanceros a cuatro escuadrones de tres compañías con 852 caballos; la mítica eficacia de las secciones de lanceros de Jerez y Utrera en Bailén se hizo notar. Curiosamente el Ejército francés no creará unidades de lanceros hasta 1812 y el inglés no llegará a crearlos, en esta época. El quince de julio el número de escuadrones se reduce a tres por regimiento.

Las contundentes derrotas de 1810 hacen muy difícil precisar el número de unidades de línea existentes, quizá veintitrés; los dragones desaparecen. Con fecha dieciocho de julio se concretan dieciséis regimientos de cazadores, con uno nuevo; diecinueve de húsares, con tres nuevos; y cuatro de lanceros, con uno nuevo; aparece otro de coraceros, con las corazas que se van capturando al único regimiento francés existente en España; incluso se crea un regimiento de granaderos a caballo a imitación del francés.

En abril de 1811 existe un total de treinta regimientos a tres escuadrones, aunque existen escuadrones independientes: doce de

línea, diez de dragones, cuatro de cazadores y cuatro de húsares, se conservan algunas compañías de lanceros.

En diciembre de 1814, finalizada la guerra, la orgánica regimental se establece a cinco escuadrones de dos compañías cada una y éstas a 60 hombres y caballos; aquél a 526. Es decir, se vuelve a la existente al principio de la guerra. Se conservan en esta fecha dieciséis regimientos de línea, un número indeterminado entre uno y cinco de dragones, tres de cazadores y tres de húsares. Números casi coincidentes con los existentes en un principio, con lo que podemos concluir que la experiencia del combate no influyó en la orgánica de la Caballería a diferencia clara de lo sucedido en Infantería.

Artillería

A pesar de la importancia del Arma, sin duda la más eficaz del Ejército español en los primeros combates, no se pueden establecer consideraciones sobre la evolución orgánica de la misma, sus variaciones, improvisaciones más bien, fueron consecuencia de las numerosas derrotas de los Ejércitos españoles.

Articulada en regimientos, éstos no operaron en el campo táctico, limitándose al carácter administrativo. Las baterías, carentes de medios de transporte adecuados fueron cayendo en poder de los franceses. Es casi una constante en los partes la explicación para la pérdida de las piezas por «rotura de los ejes». Llega a concretarse a 16 el número de disparos posibles con los cañones de madera, improvisados a golpe de herrero. Citemos un solo ejemplo, en la batalla de Uclés, 13 de enero de 1809, en la vanguardia del Ejército de Centro, combaten un par de piezas que se pierden, el resto de la artillería del Ejército se pierde al día siguiente en la retirada.

No se puede concretar evolución de la orgánica, ni tan siquiera se debe hablar de una orgánica sino del esfuerzo de baterías aisladas dotadas de medios incluso de circunstancias.

Ingenieros

Los regimientos de Zapadores Minadores articulados en principio con dos batallones a cinco compañías, una de minadores y cuatro de zapadores se vieron desde el comienzo de la guerra sujetos a los avatares de los ejércitos. Durante los dos primeros años de guerra fueron empleados comúnmente como infantería, en unidades tipo compañía por cada División para concentrarse después en la unidad Ejército con efectivos próximos a los 500 hombres hasta el final de las operaciones.

Conclusiones

La tan reiterada escasez de medios que la Nación puso a disposición del Ejército, convirtió la guerra para España en acciones básicas de Infantería y en consecuencia este Arma experimenta la transformación más radical. Las líneas de esta transformación son claramente convergentes, con la supresión de las unidades especializadas, hacia una básica que compendia las especializaciones en un solo tipo de batallón operativo. Una vez más la solución más sencilla fue la más eficaz. Es evidente que los recursos disponibles no permitieron incrementar, ni siquiera mantener en servicio a nivel operativo otras unidades aparte de las de Infantería y aun éstas a base de «vivir sobre el terreno» para subsistir, con la lógica incomprensión de la población civil que se ve despojada de víveres y ganado.

Se puede afirmar que las «*guerrillas*» surgidas contra el invasor por diversos motivos: patriotismo, venganzas personales, refugio de desertores, etc., mostraron una tendencia generalizada a adoptar el modelo militar orgánico y buscar su reconocimiento por parte del Ejército, en cuanto a grados militares de sus componentes y carácter de Unidad, en contra de las pseudohistorias al uso. Por citar un ejemplo, la «*guerrilla*» de Mina, que opera fundamentalmente en Navarra, bien próxima e incluso a caballo de la carretera de Irún, itinerario principal francés, dispone de seis batallones de Infantería y un escuadrón de Caballería, todos correctamente uniformados. Según propias manifestaciones de Mina, abundantes en la colección «*Duque de Bailén*» (Servicio Histórico Militar), combaten como unidades de línea. Además de



Diorama del paso a través de un desfiladero, de una unidad de Artillería francesa (en primer término) bajo la vigilancia del Emperador. De «Napoleonic Wargaming», de Charles Grant.

lo expuesto, los restantes «guerilleros» de importancia, Porlier, Renovales, Longa, Merino, Jáuregui, etc., con sus grados militares correspondientes integran el 7.º Ejército español y terminan, en general, operando como unidades de línea con la misma orgánica de las unidades regulares. Porque al margen de consideraciones más o menos tendenciosas, el Ejército ostenta la mayor experiencia de combate y estudio al respecto, y en consecuencia el modelo orgánico que adopta es el más eficaz, dentro de los mínimos recursos materiales que el país puso a su disposición y que la extensa documentación conservada evidencian. A título de ejemplo cabe citar cómo el General Castaños, Jefe del 5.º Ejército explica a un compañero sus excusas por razones de régimen estricto de comida, ante las constantes invitaciones a cenar de Wellington, porque luego tendría que corresponder y *«como tú sabes en mi mesa nunca hay más que pan»*.

La penuria de todo, en especial de armamento, hace surgir unidades extrañas de orgánicas increíbles, cuya mera enumeración rebasarían los límites de este artículo y de la paciencia del lector quizás debilitada a estas alturas. No me resisto, sin embargo, a mencionar a los *«Lanceros de Almunia»*, unidad de Infantería con cien lanzas y nueve fusiles, según el *«Estado de la fuerza y armamento»* que tenía el Ejército del reino de Aragón en 13 de agosto de 1808 y que totaliza 13.375 hombres, 8.927 fusiles y 407 lanzas sin una sola unidad de caballería y que iban a enfrentarse al Ejército más poderoso del mundo. La célebre respuesta de Palafox al emisario francés *«guerra a cuchillo»* fue algo más que una metáfora.